

parto," y brotó otra azucena. Hirióla tercera vez y concluyó: "María es también Virgen después del parto," y brotó la tercera azucena. Y visto este milagro, el Doctor dominico depuso toda duda —Señeri.

Ad maiorem Dei gloriam,

Liusque

Dignissimae Matris,

Animarumque Salutem.

Pénjamo, Agosto 8 de 1863.

P. Luis Manrique.

NOTA—La oración que comienza: "Oh Dios Padre de las luces" &c., aunque no ha recibido la aprobación solemne de la iglesia (á lo menos que yo sepa;) sin embargo registrándose en algunos manuales de la compañía de Jesús, que alguna vez he visto, y no conteniendo por otra parte, á mi juicio, cosa contraria á la fé, creo que podrá permitirse en las preces privadas que se dirijan á María Madre Santísima de la Luz, y por eso me ha parecido oportuno reproducirla en este piadoso escrito. *Salvo meliori &c.*

LA PORTENTOSA IMAGEN

DE NTRA. SRA.

DE LOS ANGELES

Y

SU SANTUARIO.

MÉXICO.

TIPOGRAFÍA DE AGUILAR É HIJOS,

Esquina de Sta. Catalina y Encarnación.

1886



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Se ha verificado en estos días un suceso cuyo valor aun no es apreciado por la universalidad de los católicos mexicanos, quizá porque aun no es generalmente conocido, y que, en relación perfecta con sus antecedentes y con las circunstancias que lo han rodeado, no puede menos que afectar vivamente á los corazones piadosos y dar margen á apreciaciones de alta importancia sobre los favores especiales que el cielo está haciendo, y tiene tal vez preparados en mayor número, á los devotos de la Inmaculada Virgen Madre de Dios y de los hombres.

Conocida es de todo mexicano la piedad y devoción tan extendidas entre nosotros á María Santísima bajo su advocación de Nuestra Señora de los Ángeles; secular el culto que se tributa á la hermosísima Imagen, conservada de una manera portentosa

y que es la valiosísima joya que encierra uno de los santuarios más bellos de nuestra capital. Su historia de más de tres siglos demuestra en su sencillez, lo que es la fragilidad humana en contraste con la misericordia divina, y envuelve una de las maravillas más singulares del poder de Dios en favor de los hombres.

Un desborde de los lagos que existen al Norte de esta capital, causó el año de 1580 una inundación que anegó enteramente el barrio de Coatlán, situado al Noroeste de la población, entre Tlaltelolco y Nonoalco. Entre varias cosas que bogaban en el agua, vióse un lienzo en que se descubría una preciosa Imagen de María Santísima, que fué recogida por el cacique *Isayoque*, quien, prendado de su hermosura, resolvió exponerla á la veneración pública. Con ese fin mandó construir una pequeña capilla de adobe en el lugar en que ahora descuella el santuario de Nuestra Señora de los Ángeles. Pero como el lienzo estaba maltratado por la humedad y no habría sido posible conservarlo, dispuso que se copiase fielmente en la

pared del fondo de aquella pequeña ermita, que sólo tenía las dimensiones que hasta hoy ha conservado el presbiterio del santuario. Esta copia es la misma que hoy se venera después de haber sufrido de las lluvias, de los temblores y del abandono y descuido de los hombres, pruebas que demuestran el carácter enteramente sobrenatural de su portentosa conservación.

En efecto: á penas habían trascurrido unos cuantos años de abierta en 1595 la pequeña capilla á la veneración pública, resfriada la devoción, se le dejó en tal abandono, que el techo se hundió y las paredes se desplomaron, salvándose solamente de esa ruina la que tenía la maravillosa pintura, que quedó así descubierta á los vientos, al sol, al agua y á todas las inclemencias del tiempo. Además, en 1607, sobrevino otra inundación en la que las aguas azotaron constantemente y por largo tiempo, la base de aquella endeble pared de poco espesor, que sin embargo, se mantuvo firme contra elementos de destrucción tan poderosos y que han derribado los más sólidos edificios.

La conservación maravillosa de esa pared, y sobre todo, la del rostro y las manos de la imagen, que permanecieron frescas é intactas como si acabaran de pintarse, llamó la atención pública y despertó de nuevo la devoción que levantó una nueva capilla, formándose una hermandad que cuidara de aquel sagrado recinto y reuniese las limosnas que los fieles daban para el culto. Pero desgraciadamente este calor no fué de larga duración, y pronto se convirtió la ermita, en cuyo cenagoso pavimento había ya crecido el césped, en albergue de un pastor que encerraba allí su rebaño. Otra inundación, acaecida en 1627, en que el agua subió á mayor altura que en las anteriores, y de duración más prolongada, volvió á poner en peligro el débil muro y la pintura que, á pesar de todo, no sufrió alteración alguna en el rostro y las manos de la sagrada Imagen.

En esa alternativa de devoción y concurrencia, de abandono y olvido, durante larga época en que sólo una familia sin recursos perseveraba en el cuidado de aquella

prodigiosa pintura, se encontró esta durante largo período sin la cubierta del techo y expuesta á los destructores elementos que debieran haberla hecho desaparecer. En 1727 se vuelve á reparar la capilla, pero tan pobremente, que se halló pronto en peor estado que antes; hasta que en 1745 las calamidades públicas hicieron acudir á muchos fieles á la protección de la Virgen allí representada, y se levantó entonces una construcción de mampostería, que resistiese á los vientos y á las aguas. Pero el movimiento de los devotos llevó á ese lugar á muchos de aquellos que sólo toman la devoción por pretexto para sus desórdenes, y los hubo de tal naturaleza, que determinaron al virrey, que entonces lo era el Ilmo. Sr. Arzobispo D. Juan Antonio de Vizarrón, á prohibir el culto y á prevenir que se ocultase la Imagen. Ejecutóse esta orden, cubriendo la pintura con unas esteras mojadas, aseguradas con tablas que se clavaron en la pared. Siete meses se conservó en ese estado, hasta que visitando el lugar el inquisidor mayor

D. Pedro Navarro é Isla, hizo le descubrieran la Imagen, y maravillado de su hermosura y de su portentosa conservación, la dejó expuesta á la veneración de los que ocurrían á visitarla.

Siguieron algunos devotos promoviendo el culto y colectando las limosnas correspondientes, y en el año de 1776 D. José Haro, maestro sastre en esta capital, quedó tan prendado de la Imagen, que resolvió hacer los mayores esfuerzos para remediar los inconvenientes de la capilla y dar más amplitud y estabilidad al culto. Ayudado eficazmente por sus oficiales, la proveyó de varios paramentos y logró se continuase la fábrica de mampostería comenzada en 1745. Como el ropaje de la sagrada Imagen se había ya deteriorado, le acomodó uno de tela á la manera que desde entonces le ha tenido, ejecutando esto con tal arte y destreza que la Virgen parece de bulto.

En 1776 dos fuertes temblores llenaron de terror á los mexicanos, que consternados acudían á la intercesión de María Santísi-

ma de los Ángeles. Desde entonces, creciendo el entusiasmo religioso, no se encontró satisfecho ya con el templo fabricado por Haro, y se procedió á poco á la construcción del santuario que hoy existe, que se concluyó el año de 1808, y cuya magnificencia puede competir con la de los mejores del centro de la capital. Al levantarlo, se cuidó con extrema delicadeza de no tocar la pared en donde está la Imagen, subordinándose á su altura y posición todo lo concerniente al edificio, y especialmente el altar mayor.

En el transcurso del presente siglo, la devoción y culto se han conservado á la altura que se observa actualmente, estimulada la piedad pública, por el entusiasmo y empeño de algunos especiales devotos, entre los que es digno de mencionarse el Sr. Dr. D. José María de Santiago, que empleó en ello su rico patrimonio. A su solicitud, el Papa Pío VI agregó el templo á la Basílica de San Juan de Letrán; su sucesor Pío VII erigió allí una piadosa congregación, y Gregorio XVI concedió oficio propio pa-

ra su fiesta, habiendo después Pío IX otorgádole la gracia singular del Jubileo de Porciúncula.

Pero la grandiosa fábrica y la pared que tiene sobre su frente la portentosa Imagen, se han hallado constantemente expuestas á las inundaciones, por lo muy bajo del terreno en que se encuentran, y porque lo fangoso y falso del sitio ha dado quizá lugar á algún hundimiento. De aquí es, que ha sido necesario por largo tiempo el hacer funcionar en la misma puerta del templo, una bomba que estuviera haciendo constantemente el desagüe, cuyo medio fué después sustituido por un aparato colocado fuera y que se ha tenido en constante acción.

Este gravísimo inconveniente, que ha puesto repetidas veces en supremo peligro la sagrada Imagen, pues las inundaciones del templo han tocado hasta gran parte de la débil pared en que está la pintura, hicieron pensar constantemente en si habría algún remedio radical á tan grave mal. La idea de levantar esa antiquísima y débil pa-

red, que parece desmoronarse al más ligero movimiento, propuesta al Sr. Dr. Santiago, fué siempre desechada por un temor justísimo y muy fundado, de que no resistiera esa operación. Las inundaciones, además, han hecho falsear y deteriorar en extremo el templo mismo, hasta el grado de amenazar completa ruina.

El Ilmo. Sr. Irizarri intentó poner el remedio, pero sin poder lograrlo, habiendo sucedido igual cosa con el celoso capellán del Santuario, R. P. D. José Guadalupe Rivas y con Fr. José Agustín Moreno, al grado de que los esfuerzos de este último hubiesen reagrado el mal, lejos de extirparlo ó siquiera atenuarlo.

El M. R. P. D. Vicente Reyes, actual encargado del templo, con eficacia suprema vigilaba y movía activamente la obra del desagüe; pero conservándose el mal en pie y siendo ya inminente la completa destrucción de todo, quiso acudir á algún remedio radical. Ocurrió primeramente á un ingeniero bastante perito, que juzgó no haber

ese remedio. Diez años después, en 1884, vió á otro muy hábil que ha ejecutado con reconocida maestría algunas de las obras más notables de la ciudad, y éste opinó, que lo único que se podía hacer, era levantar un poco el pavimento, lo que se realizó en el acto, haciendo que se elevase sesenta centímetros sobre su altura anterior; pero el trabajo y fuerte gasto fué totalmente infructuoso, pues en una inundación que hubo en Octubre del año pasado, se anegó el templo, cubriendo las aguas el presbiterio y parte de la pared de la Imagen.

En tal situación y en pleno acuerdo con el Ilmo. Señor Arzobispo Doctor D. Pelagio A. de Labastida y Dávalos, que con un celo constante procuraba cuanto fuese indispensable para salvar ese tesoro de la piedad de los mexicanos, resueltamente encargó el P. Reyes la obra al ingeniero D. Emilio Dondé, determinando que se ejecutara cuanto fuese necesario para evitar de raíz todos los inconvenientes. Al levantar este en esos días un colateral que se construía como altar mayor, encerrando la pared

con la pintura, observó que las bóvedas del presbiterio estaban enteramente cuarteadas, y que se vendrían abajo pronto si no se ponía inmediato remedio. Entonces se resolvió por el P. Reyes, en animosa conformidad con Dondé, que antes había reputado imposible la elevación de la pared de la Imagen, el que ésta se realizase, usando de todos los medios que sugiriese el arte, é implorando del cielo el feliz éxito de tan grande empresa. Se determinó también la elevación del piso hasta exceder un tanto al exterior de la plaza, la reparación de toda la fábrica y la construcción de una cúpula.

El pavimento se levantó un metro y veinte centímetros sobre el recinto, es decir, un metro y ochenta centímetros sobre el primitivo, terraplenándolo con materiales de escombros; y se dispuso todo para la obra suprema y llena de tanto peligro, de la elevación de la Imagen.

Por fin, el viernes 30 de Abril que acaba de pasar, una operación delicadísima, en que primero se hicieron taladros en la base

de la pared para introducir allí canes ó piezas de madera, el recorte á sierra de los lados de la pared, y la formación de una caja ó ingenioso aparato que fué encerrando por medio de varillas y tuercas bien combinadas, la pared, la puso en disposición de ser elevada, como lo fué el domingo 2 del actual, ascendiendo cinco metros sobre su anterior altura, y siendo trasportada casi otros cinco hacia atrás, para que quedase en el lugar más propio respecto de la hermosa ábside que forma el respaldo del Santuario. Se la asentó sobre firme pilastra de ladrillo, encasquillándola por el respaldo y por los lados en cerca de dos tercios de su altura ó longitud, quedando la parte superior libre, de manera que se puede percibir clara y distintamente su estructura y los adobes de que está formada.

El día tres fué de júbilo y regocijo extraordinarios para los habitantes del barrio, que no sabían cómo celebrar un suceso que se reputó imposible durante más de dos siglos y que la piedad no puede mirar, en tan feliz éxito, sino como otro portento más, que

demuestra el carácter maravilloso de la Imagen.

La posición que hoy guarda en el templo es la más propia que pudiera desearse. Se le va á construir un ciprés ó altar de hermosa forma y á activar la reparación y adorno del templo. La elevación del pavimento, que debería haber hecho perder las proporciones del edificio, parece haber estado preparada por disposición divina para esta nueva faz, pues ha importado más bien una corrección en toda forma del grandioso templo, en el que una altura excesiva y no correspondiente á las demás dimensiones, producía oscuridad y hacía perder la grata impresión que ahora se experimenta al contemplar la relación armoniosa en todas sus partes.

Quiera Dios Nuestro Señor que la piedad de los mexicanos corresponda debidamente á esta nueva muestra de predilección que ahora les da María Santísima en su Imagen y advocación, ya tan popular, de Nuestra Señora de los Ángeles.

México, Mayo de 1886.

MANUALITO

QUE CONTIENE VARIAS DEVOCIONES

PARA UTILIDAD

DE LOS ASOCIADOS

A LA

VELA PERPETUA DEL SANTISIMO.

*Recopilado y reimpresso por la Parro-
quia del Sagrario de Leon, con las
licencias necesarias.*

Hecc est enim voluntas Dei sanctifi-
catio vestra. *S. Pab. I. The. VI. 3.*



LEON.—1874.

Imprenta de Pablo Gomez, 2^a calle de la Plaza
de Gallos número 29.